

La ideología en tiempos de imaginarización. Notas para un estudio de los actores políticos contemporáneos

Juan Manuel Reynares¹

Recibido: 12-02-2021 / Aceptado: 11-05-2021 / Publicado: 31-07-2021

Resumen. Este artículo se pregunta por las dinámicas identitarias contemporáneas de los actores políticos. Parte de retomar dos fenómenos ampliamente tratados en la ciencia política actual: la creciente volatilidad de los formatos representativos en los sistemas políticos, por un lado, y el auge de expresiones políticas reaccionarias y segregativas, por el otro. A partir de una articulación de la Teoría Política del Discurso y ciertas nociones del psicoanálisis lacaniano, aquí conjeturamos que en ambos procesos subyace un trastocamiento estructural en el modo en que se constituyen las relaciones sociales, relacionado con la consolidación del capitalismo neoliberal y caracterizado por el declive de las referencias de autoridad y la entronización del sujeto como agente individual omnipotente. Para fundamentar nuestro planteo, pondremos de relieve el carácter performativo de la ideología y su doble dimensión imaginaria y simbólica. Luego destacaremos cómo, en la actualidad, las identificaciones políticas dejan de apoyarse predominantemente sobre dinámicas de articulación simbólica, para subrayar el sostén imaginario de la relación intersubjetiva. Este proceso de imaginarización, que tiende a repudiar el carácter incompleto del lazo social y a impulsar una satisfacción irrestricta del goce particular, debe ser considerado al analizar los actores políticos contemporáneos y su intervención en el debate democrático.

Palabras clave: Identificación, actores políticos, post-estructuralismo, imaginarización, segregación.

Código UNESCO: 7207.04 Filosofía Política.

[en] Ideology in times of imaginarisation. Notes for a study about contemporary political actors

Abstract. This paper delves into the contemporary identity dynamics of political actors. It begins with two phenomena which have been widely analysed in current political science: the increasing instability of representation patterns in political systems, on the one side, and the rise of discriminative and reactionary political expressions, on the other. Articulating Political Theory of Discourse with some notions of lacanian psychoanalysis, we hypothesize that beneath both processes underlie a structural disruption in the way social relations are constituted, that has to do with the strengthening of neoliberal capitalism and that implies the decline of authority as well as the exaltation of the subject as an individual omnipotent agent. In order to set up our exposition, we will underline the performative nature of ideology and its imaginary and symbolic dimensions. Then we will highlight the way political identifications no longer depend on symbolic articulation dynamics, but emphasize the imaginary feature of the intersubjective relation. This imaginarisation process—which tends to reject the incomplete trait of the social bond and to propel an unrestricted satisfaction of the particular jouissance—must be taken into account when analysing the contemporary political actors and their intervention in current democratic debate.

Keywords: Identification, political actors, poststructuralism, imaginarisation, segregation.

Cómo citar: Reynares, Juan Manuel (2021). La ideología en tiempos de imaginarización. Notas para un estudio de los actores políticos contemporáneos. *Las Torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política*, 10(19), 105-116.

Financiación: Este artículo fue finalizado durante una estancia de investigación financiada por la Fundación Carolina de España y el Ministerio de Educación de la República Argentina.

Agradecimientos: Agradezco los comentarios realizados a versiones previas de este artículo por parte de Jorge Foa Torres, Daniel Saur y Virginia Tomassini, así como las sugerencias realizadas por los referatos.

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), Argentina; Centro de Conocimiento, Formación e Investigación en Estudios Sociales (CConFINES), Universidad Nacional de Villa María (UNVM), Argentina.
Email: juanreynares@gmail.com – ORCID ID: <http://orcid.org/0000-0001-5483-0614>

Desde las últimas décadas, la estructura de representación política en la mayoría de los sistemas democráticos se ha caracterizado por el debilitamiento de las identidades establecidas y la verificación de un electorado más volátil, así como por la mayor personalización de las opciones políticas. En muchas lecturas, ello se relacionó con la posibilidad de contar con votantes o bien más apáticos y alejados de la esfera pública, o bien más informados y proclives a modificar su voto en función de intereses particulares (Garretón, 2000; Mair, 2013; Manin, 2006; Novaro, 2000; Rosanvallon, 2009; Sartori, 1998; Vattimo, 1990, entre muchos otros). En esta última interpretación, el debate democrático, si bien vaciado de participación masiva, devendría progresivamente más ilustrado, al contar la ciudadanía con mayores medios de información y debate en vistas a los avances tecnológicos desarrollados. No obstante, ninguno de los dos escenarios probó ser definitivo. Por el contrario, en la última década se ha verificado una notable participación de vastos sectores sociales en la emergencia —o expansión y consolidación— de posturas políticas radicalizadas y basadas en la reacción excluyente de cualquier diferencia cultural o social. El espacio público ha pasado entonces a caracterizarse progresivamente por posiciones obstinadas y basadas en tópicos sedimentados de la cultura más tradicional.

En este artículo conjeturamos que en estos procesos característicos de nuestra época subyace un trastocamiento estructural en el modo en que se constituyen las relaciones sociales, caracterizado por el declive de las referencias de autoridad y la entronización del sujeto como agente individual omnipotente. Abrevando en diversas propuestas teórico-políticas contemporáneas, sostendremos que esto conlleva una transformación profunda en el modo en que se producen identificaciones políticas, que dejan de apoyarse predominantemente sobre dinámicas de articulación simbólica, para subrayar la dimensión imaginaria de la relación intersubjetiva.

En función de estas conjeturas, en los siguientes apartados abrevaremos en algunas referencias específicas que analizan la erosión simbólica y el auge de los extremismos. Destacaremos cómo estos cambios se relacionan con la consolidación del capitalismo tardío, también denominado neoliberalismo, donde se ha pretendido desconocer el carácter incompleto y fallido de la relación social, empujando a una satisfacción irrestricta del goce individual (Aleman, 2010, 2016, 2018; Lacan, 1992; McGowan, 2004; Soler, 2017; Žizek, 2007). Subrayaremos en este punto uno de los efectos de este proceso: la imaginarización de lo social y la tendencia al rechazo de toda diferencia que emerge como potencial amenaza del goce particular (Reynares y Foa Torres, 2020). A partir de allí, profundizaremos en los diversos modos en que estos rasgos contemporáneos inciden en los procesos de identificación política, donde las dinámicas significantes del registro simbólico de las relaciones sociales pierden peso ante una propensión a la totalización imaginaria, que subyace a la volatilidad de apoyos políticos y la radicalización de posiciones ideológicas de nuestra época.

Entre la erosión y la radicalización de las identidades

¿Qué representación en crisis?

En un diagnóstico integral de las transformaciones actuales en los modos de construcción de la legitimidad política, Rosanvallon planteaba, hace ya más de una década, que

En un mundo de la información continua, de la transparencia generalizada, el tiempo de la acción política tiende a licuarse, se vuelve cada vez más volátil, destruido por una exigencia social de inmediatez que se fortalece tanto más en la medida en que se alimenta con una sensación de exasperación e impotencia ante un mundo que se siente como opaco. (Rosanvallon, 2009, p. 255).

La mayor cantidad de información y su aparente disponibilidad en función de los medios masivos de comunicación y las redes sociales han irrumpido en el terreno de las mediaciones políticas. Una de las dimensiones políticas más notables y estudiadas de esta transformación estructural fue la declinación de la cohesión electoral (Dalton, 2000; Mair, 2013) que ha dificultado en las últimas décadas la composición de efectos colectivos estables y delimitables en el tiempo. Para Mair, el debilitamiento de los patrones simbólicos que organizaban las escenas políticas tiene que ver con la retirada de la ciudadanía y las élites políticas de las instituciones democráticas, incluidos los partidos, hacia “esferas de interés privadas y particularizadas” (Mair, 2013, p. 111). Es este proceso integral de las sociedades occidentales contemporáneas el que vuelve inteligible una serie de cambios en los partidos como organizaciones de representación política.²

El núcleo de esta transformación radica en la ruptura de un binomio constitutivo de la democracia liberal, que aparecía combinado en los partidos de masas: la representación, por un lado, y la legitimidad procedimental, por el otro. La primera se diluye mientras se consolida la segunda. Según Mair, dar voz a los ciudadanos y crear políticas públicas que reconcilien conflictos e incoherencias entre diversos sectores son las funciones que pierden mayor validez en la organización partidaria. Hay mayor particularización de los intereses y los “canales de representación se vuelven más especializados y teledirigidos (...) Cuando la política se vuelve no-partidaria, este sentido de representación, y por ende la agregación, se evapora” (Mair, 2013, pp. 129-130). Los partidos ya no representan —en términos de articular intereses de modo tal que pueda concebirse una noción de comunidad política a la base de la

² Para este autor, ello se evidencia en el pasaje del paradigma de partido de masas al de partido cártel (Katz y Mair, 2009).

acción gubernamental que pone en marcha al Estado— sino que pasan a funcionar como un engranaje en la traslación de imágenes legitimantes para el gobierno.

Precisamente esa función de provisión de imágenes para la reacción de los electorados es lo que destaca la noción de “democracia de audiencias” (Manin, 2006). Ésta ha reemplazado al modelo del partido de masas, donde incidía en el voto “un cierto sentido de la pertenencia y de la identidad social (...) más que la adhesión a los programas de los partidos” (Manin, 2006, p. 257). La representación implicaba cierta identificación, para Manin, de los electores con algún sustrato o rasgo social que era puesto en evidencia por los partidos de masas. La ideología tendía así a simplificar la complejidad social para resolver la opción electoral en base a algún rasgo compartido.

La metáfora de la audiencia pretende capturar la nueva relación política, ante el declive de los partidos masivos. De un lado, personalidades políticas que focalizan la atención en imágenes y valores para mantener cierta vaguedad en sus propuestas, ante la incertidumbre que caracteriza a la gestión de gobierno. Del otro, votantes reactivos, quienes “parecen responder (a términos particulares ofrecidos en cada elección), más que *expresar* (sus identidades [en lo] social o cultural)” (Manin, 2006, p. 271). Estas imágenes son puestas en el centro de la relación de representación: tomadas en su interrelación, sin sentido por sí mismas, la esquematicidad y simplicidad de sus planteos —que dan lugar a aceptaciones o rechazos inmediatos— resuelven el costo de la información en una campaña tal como antes, bajo el modelo de la democracia de partidos, lo hacía la identificación con el partido (Manin, 2006, p. 278). En este planteo, en línea con la interpretación de Mair, los partidos transforman su funcionamiento y producen imágenes que tienden a provocar reacciones en amplios sectores de la ciudadanía, recuperando selectivamente interpretaciones y principios de lecturas ya desplegados entre el electorado.

Este cambio en el modo en que se configura la representación política, inclinada hacia imágenes de plenitud inmediata particulares, antes que a símbolos articulados colectivamente en tradiciones políticas, puede observarse en la paulatina relevancia de la proximidad como modo de legitimación de una propuesta política que recupera y analiza Rosanvallon (2009). En el modelo de legitimación por proximidad, el dirigente, en clave personal, emerge como representante al valorizar la autoestima que tienen los ciudadanos, y su sensación de ser reconocidos. Allí la generalidad no es el resultado de la imposición abstracta de la ley, o de un principio común de lectura de la realidad, sino que tiende a construirse “por un campo de atención, por una preocupación de proximidad” (Rosanvallon, 2009, p. 267).

En el análisis de Rosanvallon, la demanda ínsita en la política de proximidad —esto es el reclamo de presencia, empatía y compasión del político ante cada situación particular— se produce ante la gradual desaparición o debilitamiento de aquella función tradicional de representación de la que se encargaban los actores políticos, sean estos dirigentes partidarios, sindicales o portavoces de organizaciones sociales. Por el contrario, actualmente el actor político se ufana por *estar presente*, con un gesto corporal resumido en una imagen, que solo acompaña a quien demanda, asegurando que sabe lo que se siente, que se compadece ante la carencia o el conflicto. La representación por proximidad, aunque aparentemente un oxímoron, implica estar presente inmediatamente con los desdichados, comprender su problema y dedicarse solo a escuchar. Este poder empático, sostiene Rosanvallon, habilita una forma específica de identidad colectiva, donde el centro es ocupado con la narración de ejemplos en los que “muchos se pueden reconocer” (Rosanvallon, 2009, p. 275). La generalidad con que se caracterizaba al lenguaje político en términos ideológicos o tecnocráticos es progresivamente reemplazada por una referencia comunitaria basada en la experiencia común de lo cotidiano o familiar.

La preeminencia de este tipo de representación alcanza, para este autor, visos de una forma política con una nueva temporalidad democrática, donde el vínculo entre el dirigente político y su electorado no pasa por una promesa de transformación o continuidad, sino por el entusiasmo desplegado en el trabajo aquí y ahora. El tiempo futuro se trastoca en un presente continuo, que conjuga una política de la presencia. Ésta no es una innovación absoluta, pero asume en las últimas décadas rasgos específicos, organizados en torno a la caída de la noción de mandato. El lazo entre gobernantes y gobernados no pasa por una relación de obligación sino de comprensión empática de los primeros respecto de los segundos.

Ahora bien, para Rosanvallon, esta transformación estructural del modo en que se configura la representación política en las democracias liberales occidentales puede conllevar un gran riesgo. Al reducir el vínculo representativo a instantáneas sostenidas en la dimensión física y empática del gobernante, el autor considera que se puede disolver la política, entendiendo a esta última en su esencia dedicada a “escribir un relato común” que arbitre entre intereses y establezca prioridades (Rosanvallon, 2009, p. 288). Esta construcción comunitaria precisa de un relato general que la misma legitimación por proximidad erosiona. Aunque no desdeña su potencial para visibilizar posibles injusticias, este autor considera que el régimen democrático en su conjunto se encuentra en peligro si la presencia se convierte en la forma preeminente de la política.³

Hacia el final de su planteo, entonces, Rosanvallon subraya los riesgos de esta nueva forma política de la presencia, y llama la atención sobre su deriva hacia el renacimiento de antiguas y execrables perversiones del gobierno del pueblo. En una dirección similar, nos detendremos a continuación en otro fenómeno contemporáneo que es concomitante a la erosión del orden simbólico: la radicalización de posturas hacia extremos de rechazo visceral a cualquier diferencia social.

³ “Es preciso considerar, pues, que el imperativo de presencia puede fundar tanto una renovación del arte de gobernar, al darle un carácter profundamente democrático, al instituir una forma inédita de aprehensión de la vida social, como constituir la matriz de una mortal regresión” (Rosanvallon, 2009, p. 289).

Imágenes de radicalización

Lo planteado hasta aquí se inscribe en una constelación de lecturas que consideran, en la conjunción de lenguajes y disciplinas diversas dentro de las ciencias sociales, que en la última mitad del siglo XX se precipitó una serie de transformaciones sobre el modo en que se reproducen las sociedades modernas (Bauman, 1999; Lasch, 1991; Lipovetsky, 2011; Lyotard, 1991). Lejos del lugar común de los clivajes sociales que configuraban sistemas políticos persistentes en el tiempo, nuestra época se ha caracterizado, en cambio, por la fragmentación y el desplazamiento continuo de esas divisiones sociales políticamente relevantes. Ahora bien, junto con esta erosión de las coordenadas de la política moderna aparecieron, o se fortalecieron, en los últimos años, expresiones políticas reaccionarias y segregativas, difíciles de asimilar en las categorías clásicas de las ciencias sociales, pero con una potente capacidad de interpelación en amplios sectores de la población. Esto ha suscitado gran interés y curiosidad en las academias contemporáneas, y ha dado lugar a un nutrido campo de discusiones sobre las transformaciones en la configuración de fuerzas políticas cuyas propuestas reúnen la defensa de un bagaje culturalmente conservador, una impronta autoritaria ante los problemas sociales y una interpelación individualista a la ciudadanía.

Gran parte de los antecedentes de investigación sobre este tipo de movimientos políticos puede encontrarse en la discusión actual respecto de la validez conceptual del populismo para dar cuenta de estos fenómenos, bajo la laxa categoría de “populismo de derecha” (Mudde, 2004; Rovira Kaltwasser et al., 2017). Bajo esta noción se describen procesos de claro retroceso y/o amenaza de las instituciones democráticas y de los derechos y las libertades individuales. Las referencias son variadas y suelen relacionarse con personalidades gravitantes accediendo al gobierno, como Donald Trump en Estados Unidos o Jair Bolsonaro en Brasil, o bien con la sorpresiva emergencia de actores críticos con los valores hegemónicos de respeto a las instituciones democráticas liberales, como Santiago Abascal de Vox en España, o Marine Le Pen del Rassemblement National en Francia, entre muchos otros (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017; Mouffe, 2019).

La utilización de una noción de larga impronta y ambigüedad como la de “populismo” pone en primer plano las dificultades del léxico moderno de las ciencias sociales en general para dar cuenta de estos fenómenos contemporáneos. Al partir de una noción formal de populismo —que subraya la contraposición entre pueblo y élite y el desplazamiento de los clivajes sociales tradicionales para la interpelación política— se presentan dos problemas. Por un lado, tienden a confundirse entre fenómenos de carácter emancipatorio y otros con un claro tono reaccionario. Por el otro, se diluyen algunos de los rasgos más significativos de estas nuevas expresiones políticas, dificultando así la indagación por las transformaciones estructurales que las vuelven posibles.⁴ De allí que sea quizás más relevante preguntarse por ellas a la luz de los cambios políticos que hemos descrito, es decir, volatilización, proximidad y segregación.

Investigaciones recientes han subrayado dos conjeturas relacionadas con este fenómeno. Por un lado, sostienen que el grueso de los votantes de estas propuestas está compuesto por sectores de clase media, autónomos o trabajadores empobrecidos que ven amenazado su estatus social y/o cultural por la pérdida de condiciones laborales y económicas, o frustradas sus expectativas ante las sucesivas crisis económicas en las últimas décadas (Antón-Mellón y Hernández-Carr, 2016). Por el otro, plantean que, en el apoyo a expresiones radicalizadas, llamadas a sí mismas como políticamente incorrectas, hay una reacción de estos mismos sectores al avance de minorías cuyos derechos han sido reconocidos, o bien al aumento en la calidad de vida de amplias mayorías en el marco de gobiernos progresistas, especialmente en la región latinoamericana. Al experimentar esto como un peligro a la propia posición, optan por posturas políticas radicalizadas y basadas en la reacción excluyente a cualquier diferencia cultural o social (Murillo, 2019; Spruyt et al., 2016).

Como podemos ver, estos análisis han relacionado las tendencias a la radicalización de las posiciones políticas con procesos macroeconómicos que produjeron una masiva redistribución desigual de recursos y concentración de capital en las últimas décadas. La pérdida de posiciones socio-económicas o culturales que esto implicó para ciertos sectores del electorado repercutió en el modo en que estos últimos se han relacionado con los proyectos políticos en competencia dentro de las democracias liberales contemporáneas, redireccionando su apoyo desde propuestas moderadas hacia otras más extremas, que explicitan el rechazo a los lugares comunes de la tolerancia democrática, como un modo de canalizar su descontento (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). Subyace en estos argumentos —la mayoría de ellos alrededor de la discusión sobre el masivo apoyo de los “populismos”— una vinculación lineal entre el aumento de la insatisfacción y la adhesión a estas expresiones críticas. Queda por indagar, sin embargo, cómo los cambios contemporáneos, en el marco del capitalismo neoliberal, inciden en estas identificaciones alrededor de propuestas reaccionarias y segregativas.

Para avanzar en estos interrogantes, en el próximo apartado haremos énfasis en el carácter performativo de la ideología en tanto dimensión constitutiva de las relaciones sociales. Además, en línea con el diagnóstico que venimos trazando, nos interesa plantear que la ideología es una construcción simbólico-imaginaria, sostenida sobre una dinámica pulsional, que ha cambiado estructuralmente en la actualidad, en tanto se ha debilitado la dimensión simbólica vinculada a las referencias de autoridad, y se ha vuelto preeminente un mandato de goce que rechaza cualquier tipo de falta e impulsa a una imaginaria clausura comunitaria mediante el rechazo de la diferencia.

⁴ Excede a los propósitos de este artículo abarcar todas las aristas del debate sobre el populismo, su definición tanto en términos de contenido o de forma, su relación con orientaciones ideológicas de diverso cuño o su alcance histórico, por solo nombrar algunos de esos aspectos. Para ello, véase (Aboy Carlés et al., 2013; Panizza, 2009; Stavrakakis, 2020).

La identificación en épocas de incertidumbre

De la identidad a la identificación

La Teoría Política del Discurso (TPD), en base a los aportes de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, es uno de los lenguajes analíticos contemporáneos que ha tomado en cuenta las transformaciones del capitalismo tardío como contexto en que se hace visible cómo las identidades pierden progresivamente sus tradicionales puntos de anclaje. Ello ha puesto de relieve que la ideología no ocupa un carácter secundario o accesorio, sino que radica en el centro de la construcción del edificio social, siendo la anatomía de los procesos de identificación la que sobredetermina las prácticas de los sujetos políticos (Laclau y Mouffe, 2005; Laclau, 2002).

Para Laclau, el capitalismo ha asumido su actual fisonomía neoliberal como resultado de la disputa entre múltiples centros de poder. De este modo, el capitalismo no se despliega desde una esencia interna, sino que siempre requiere extenderse hegemónicamente sobre un exterior constitutivo sobre el que impone su dominio, como pueden ser los trabajadores, campesinos, las mujeres, minorías raciales o de género, entre otras (Laclau, 2000, p. 42). Más allá de los debates abiertos por esta perspectiva, en este punto nos interesa subrayar que, para este autor, las transformaciones del capitalismo han vuelto lábiles relaciones de dominación antes férreas y difíciles de modificar, dando lugar a “nuevos actores sociales que deben reinventar constantemente sus propias formas sociales” (Laclau, 2000, p. 68). La tendencia mercantilizadora y propaladora de desigualdades económicas, sociales, culturales y de género del capitalismo actual tiende a introducir dislocaciones sobre múltiples relaciones sociales de explotación que estaban antes fuera de toda discusión. Así, Laclau planteaba que “la proliferación de dislocaciones características del capitalismo avanzado... significa que en las sociedades contemporáneas se amplía cada vez más el espacio mítico del sujeto a expensas de la objetividad estructural” (Laclau, 2000, p. 83).

Para Laclau, entonces, las múltiples dislocaciones abiertas por las dinámicas de concentración y desigualdad económica ponen en evidencia la historicidad del ser de los objetos sociales, dando mayor lugar para la decisión del sujeto en las grietas de una estructura social descentrada. Ello traería así un nuevo escenario para la conformación, y también para el estudio de identidades políticas, ya que a fines del siglo XX, “el papel constitutivo de la representación en la conformación de la voluntad, que en sociedades más estables quedaba parcialmente oculto, ahora es por entero visible” (Laclau, 2016, pp. 10-11).

Al erosionarse el sustrato sedimentado sobre el que se anclaban las identidades, se ha visibilizado la dinámica ideológica por el que éstas devienen puntos de cristalización de precarios procesos de identificación. Esta clave de lectura implica un desplazamiento ontológico radical, ya que deja de suponer contenidos positivos de sectores sociales más o menos nítidamente demarcados que se reflejarían en identidades políticas. Por el contrario, la Teoría Política del Discurso, dentro del horizonte del post-estructuralismo, parte de asumir que toda identidad del agente está marcada por una falla, una hiancia, que, si en alguna época de tradiciones persistentes y divisiones sociales claras pareció ser una cuestión circunstancial, hoy se evidencia como ontológicamente necesaria. El carácter fundamental de esa “brecha” permite comprender a las identidades como resultados contingentes y transitorios de procesos, en última instancia incompletos, de identificación política. Aquí se pone en primer plano a la representación, y por ende a la identificación, en la configuración de los cursos de acción de los colectivos sociales.

En esta línea de reflexión abierta por la TPD, las transformaciones contemporáneas en el terreno de la constitución de identidades políticas —aquellas a las que aludimos con la fragmentación, erosión o dilución de los marcos simbólicos— ponen en primer plano las dinámicas de equivalencia y diferencia que rigen los significantes articulados precariamente en cada identidad. La volatilización de la vida social y política pone de relieve sus rasgos procesuales, es decir que las relaciones entre momentos de una cadena equivalencial nunca son del todo acabadas, sino que siempre coexiste la tensión entre, por una parte, la condensación metafórica alrededor de un significante tendencialmente vacío y, por la otra, la tendencia metonímica al desplazamiento significativo sin anclaje, evidente en nuestro tiempo. Así, la imputación de sentido a las acciones de los sujetos siempre sucede transitoriamente, y cada vez más de modo evanescente. Ahora bien, si el mundo ha perdido sus marcadores de certeza, se vuelve posible prestar más atención a aquellas categorías ya existentes que nos permiten dar cuenta de la dinámica con que se constituye un orden social: pasar de estudiar identidades a escrutar procesos de identificación (Stavrakakis, 2007).

De este modo, parece claro que las transformaciones contemporáneas —de orden estructural y en sus múltiples aristas— inciden en los procesos de identificación política de actores institucionalizados con pretensiones representativas. La fragmentación, en el marco de las diversas configuraciones del capitalismo actual, de escenarios configurados por identidades fuertes abre el espacio para poner de relieve las dinámicas de articulación y sobredeterminación que constituyen a los actores, pero que solían quedar veladas por sedimentaciones sociales de distinto cuño. Como acabamos de subrayar a través de la obra de Laclau, esto traería oportunidades tanto de orden teórico-analítico, como político-práctico: al evidenciarse las costuras ideológicas de las identidades políticas, es posible indagar en las dinámicas de equivalencia y diferencia que las sostienen, sus trayectorias y sus antagonismos, al mismo tiempo que sería fértil el terreno para que proliferen proyectos políticos de potencial emancipatorio.

Esta visibilización del carácter constitutivo de la identificación en la definición de sujetos colectivos puede hacerse extensiva al ámbito de la crisis de representación misma. Como se desprende de lo recién dicho, la representación no implica un proceso comunicativo entre dos instancias plenamente diferenciadas, en que una de ellas se expresaría de manera más o menos distorsionada en la otra. Lejos de ello, la representación es el proceso constitutivo de cual-

quier agencia política. Por lo tanto, el distanciamiento entre electorado e instituciones que deberían representarles no podría ser un desfase entre un nivel social que excede o falta a su instancia de representación política (Aboy Carlés, 2001, p. 51). Si así fuera, se replicaría una distinción topográfica, muy cara a la tradición teórica moderna, entre dos ámbitos delimitados, lo social y lo político, donde este transmitiría contenidos esenciales de aquél en el espacio público, bajo la asunción de una universalidad encarnada en figura del soberano (Duso, 2015, p. 239).

Ahora bien, dada la performatividad inherente de la representación, que nos impide caer en la circularidad aporética entre un hipotético representable original y un presunto representado derivado, Aboy Carlés avanza en caracterizar la representación como una instancia de identificación política, en tanto que “el momento de conformación de una identidad política no es anterior al de su representación” (Aboy Carlés, 2001, p. 32). Entonces, profundizando en el argumento, sería posible decir que “la representación es la constitución misma de la presencia de lo representable, lo representado y el representante... Todos ellos se constituyen en un mismo proceso al que denominamos representación” (Aboy Carlés, 2001, p. 39).

Si nuestra época se caracteriza por la labilidad, dinamismo y proliferación de los límites identitarios, habría lugar para un análisis más preciso de los procesos de constitución de estas nuevas identidades políticas, subrayando las dinámicas que las vuelven contingentes, precarias y conflictivas. Son la condensación metafórica y el desplazamiento metonímico, conjugados en la articulación hegemónica, los que permitirían “abordar los procesos de constitución de esas identidades balcanizadas, el propio juego de desplazamiento de las exclusiones (ya que no de otra cosa hablamos cuando nos referimos a identidades múltiples y límites fluctuantes)” (Aboy Carlés, 2001, p. 73).

Esta perspectiva de análisis de las identidades políticas ha sido fecunda en las ciencias sociales en las últimas décadas. Aquí nos interesa complementar este principio de lectura a partir de una reinterpretación de lo que implica la ya mentada erosión del terreno simbólico de constitución de identidades políticas, para ofrecer una clave de intelección alternativa respecto de aquellas expresiones reaccionarias usualmente denominadas como “nuevas derechas”. En este punto, otra figura analítica emerge si consideramos que la “caída de los metarrelatos” no solo alcanza a la solidez de los parámetros de certeza con que funcionó la política durante gran parte del siglo XX, sino que también trastoca los procesos de articulación simbólica que les son constitutivos. Es decir, la erosión de las identidades también acarrea un cambio en los términos en que se producen las identificaciones dentro de ese campo abierto por la visibilización del componente ideológico en la vida social y política.

Para dar cuenta de los desplazamientos al interior del terreno de la identificación, incorporaremos a nuestro estudio algunas aristas del psicoanálisis en su relación con la teoría política contemporánea, en cuanto al modo con que se ha comprendido al lazo social en la obra de Freud y la enseñanza posterior de Lacan. De este modo, plantearemos que la erosión de la dimensión simbólica de lo social no implica una multiplicación sin más de identificaciones, sino, más bien, una tendencia a liberar una pulsión segregativa en los colectivos políticos, en tanto el declive de la articulación significativa daría lugar a una expansión de la dinámica imaginaria que constituye también al lazo social.

La ideología en su doblez imaginario y simbólico

Como ya sostenía Freud, toda cultura debe enfrentar el malestar que supone para el ser humano limitar sus pulsiones más básicas al ingresar en el orden social. Partiendo de su conocido Complejo de Edipo, el Yo debe sacrificar su pretensión de goce narcisista pleno al obedecer a la ley que instaura una prohibición fundamental en el sujeto. Desde un principio, entonces, este se ve surcado por una falta, la interdicción que impide la satisfacción absoluta, reproduciendo como prohibido lo que no existe, que es precisamente esa satisfacción absoluta de la unión, en el caso del Edipo, con la madre. La inclusión en el orden significativo es a costa de una pérdida simbolizada en la ley. Ésta, de modo contingente, encarna al Ideal del Yo y ubica al sujeto, como un Yo Ideal, siempre en relación con otros sujetos, inscribiéndose así en una distribución social establecida. De allí que para Freud fuese inconducente cualquier distinción a priori entre psicología individual y el estudio de los fenómenos sociales, ya que ambos están desde el inicio entrelazados (Freud, 2013). De esta forma, la identificación en los ámbitos sociales, que Freud analizaba en el centro de los fenómenos de masas, no es un proceso consciente, producido a posteriori de una configuración delimitada del sujeto, con efectos nocivos para la racionalidad individual. Por el contrario, la relación social se vuelve constitutiva del sujeto individual.

Aquí podemos observar la fuerte influencia del psicoanálisis en el terreno mismo de constitución teórica del postestructuralismo (Laclau, 2000, pp. 107-110): el sujeto político es estructuralmente fallado, marcado por un vacío en torno al cual se producen las identificaciones como medios incompletos para sobrellevar dicha hiancia. Esas mediaciones se producen al articular el sujeto fallido (y que se grafica como una S tachada: \$) con el orden significativo, en tanto Otro. Este también es barrado: no posee consistencia por sí mismo, sino que se estabiliza en torno a algún significativo amo, que sobredetermina retroactivamente al conjunto indeterminado de significantes. La falta constitutiva tanto del sujeto como del registro del Otro los pone en una relación inescindible, donde “El significativo, al revés del signo, no es lo que representa algo para alguien, es lo que representa precisamente al sujeto para otro significativo” (Lacan, 1964-1965). Estas mediaciones significantes pretenden suturar esa falla estructural del sujeto al investir a un objeto particular como representante de la universalidad inexistente. No obstante, esa investidura es siempre elusiva: no termina de completar la relación de sentido, dejando un resto de goce, un exceso ineliminable de goce, que Lacan ha denominado objeto *a*.

No obstante, y abrevando aquí en trabajos tempranos de Lacan, ese Yo que se inscribe en el orden social no es una entidad plenamente configurada, y que es luego sujeta a la interdicción de la ley. El sujeto no es un puro hueco que entra sin más a la articulación significante, ni tampoco es una presencia consciente *a priori*, tachada luego por el significante. Lacan, recuperando a Freud, plantea que ese Yo es ya una ficción producida en el denominado Estadio del Espejo.⁵ En ese estadio se producía una identificación del niño con una imagen que hacía consistir lo que hasta ese momento es experimentado como una fragmentación de funciones corporales. Esa unidad imaginaria, ya desde siempre ficticia, era primera para la constitución del sujeto, y en ella se configura el Yo Ideal. Esa imagen luego se traslada a la inscripción social, al ingresar en cierto orden mediante el recurso del lenguaje, esto es, en un registro simbólico, ámbito del Ideal del Yo.

Como vemos, la prohibición que acarrea la ley no se ejerce sobre un sujeto puro de la conciencia, ni sobre una fragmentación sin delimitación posible, sino sobre un sujeto ya-vuelto-consistente imaginariamente, con la fuerza de una pulsión que agarra al sujeto a cierta figura de plenitud ante el abismo de la pura fragmentación corporal. Esa pulsión es la que refuerza también la articulación simbólica del sujeto, en tanto no se pierde esa energía en el sacrificio del sujeto al integrarse a la sociedad. Por el contrario, allí también hay goce. Tanto Freud, como después Lacan, insistieron en que la obediencia se apoya en el goce que ésta provoca en el sujeto, mediante la noción de superyó. Más claramente, Lacan identificó en el superyó el mandato a gozar que todo sujeto experimenta, ya sea en la obediencia, como aún incluso en la transgresión a la ley (Miller, 1991, p. 53).

De este modo, la identificación que se produce, como acabamos de ver, en la articulación del sujeto como un significante para otro significante, no se produce solo en el terreno de las mediaciones simbólicas, sino que allí ya está funcionando una cierta imagen de consistencia plena del sujeto. Esto permite subrayar que la fijación del sujeto a esa imagen es de orden pulsional, en tanto el sujeto es emplazado superyóicamente a gozar, ya sea por el sacrificio de la ley, ya sea por su transgresión. En este punto se pone de relieve el suplemento *obsceno*⁶ de la inclusión del sujeto al orden significante, el exceso pulsional que queda así *por fuera de la escena* abierta y pública en que el sujeto se representa como un significante a otro significante, pero que sin embargo es totalmente necesario para que la articulación simbólica se verifique.

Una forma de comunicar esto por parte de Lacan fue mediante la fórmula del fantasma: $\$ \diamond a$. En términos formales, el sujeto (\$) se inscribe en cierto lugar del orden social, mediante referencias significantes sobredeterminadas, en torno a un objeto *a*. Este objeto es causa de deseo y soporta al fantasma, en tanto resto y rastro inalcanzable de aquella imaginaria unidad plena que fue sacrificada en la socialización. En esta fórmula entra a jugar la función del significante amo en la alienación y separación del sujeto respecto del Otro, expresado en la figura del *losange* “ \diamond ”. Sin plantear una sinonimia perfecta entre ideología y fantasma, sin embargo, el modo en que la ideología funciona toma del fantasma una dinámica similar.⁷ Aunque muchas veces lo ideológico, que es propio de las identificaciones sociales, se encuentre en tensión con lo fantasmático constituido en la extimidad del inconsciente, hemos de retener el doble movimiento que trabaja tanto en el fantasma como en la ideología⁸. En ambas coexisten, por una parte, una consistencia unitaria del sujeto en la imagen y, por la otra, su inscripción en un orden significante que dé sentido a esa unidad, pero que sucede a través de cierta prohibición que vuelve imposible la plenitud. Ésta aparece siempre desplazada, en tanto el objeto *a* queda fuera del campo de la representación. La referencia significativa canaliza la pulsión que atraviesa a la consistencia imaginaria. Ante el abismo de la pura fragmentación, esa pulsión emerge como plus de goce.

Así, la ideología puede cumplir su función en la constitución de la subjetividad en tanto la referencia de autoridad que implica el significante amo introduzca la prohibición con la que el sujeto traduce la imposibilidad constitutiva de completar su goce. Ahora bien, ¿qué sucede si, como hemos visto antes, la dinámica social actual tiende a erosionar al orden significante al debilitarse su punto de acolchado, la referencia simbólica que detiene el flujo discursivo? En lo que sigue profundizaremos el modo en que esta erosión permite comprender la labilidad de las referencias identitarias y al auge de expresiones políticas reaccionarias y segregativas.

La imaginarización de la identificación contemporánea: segregación y proximidad

Como vemos, algunos de los principales rasgos que aquí subrayamos de la época —el debilitamiento del sustrato simbólico de los actores socio-políticos y la consolidación de propuestas basadas en la radicalización autoritaria de vastos sectores de la ciudadanía— ponen en primer plano la dinámica ideológica con que se constituyen las subjetivi-

⁵ Lacan parte de observaciones empíricas sobre infantes frente a su reflejo en un espejo, que en cierto momento de su madurez anatómica se reconocían en esa imagen producida como una unidad orgánica, como una totalidad configurada, y lo manifestaban con entusiasmo, para después inmediatamente buscar aprobación en la mirada ajena del adulto cercano (Lacan, 2014, pp. 99-105).

⁶ Aquí aludimos a uno de los orígenes posibles del término “obsceno” en la etimología popular: frente a, u opuesto a, la escena abierta del teatro. Es lo que queda tras bambalinas, pero no obstante sostiene la tramoya de lo que sucede a los ojos de los espectadores, el público.

⁷ Ya Glynos y Howarth (2007) subrayaron la doble dimensión imaginaria-simbólica de la identificación política, al proponer un análisis de las identidades políticas en clave de tres tipos distintos de lógicas: lógicas sociales como gramáticas de prácticas intersubjetivas; lógicas políticas de equivalencia y diferencia; y lógicas fantasmáticas que explican el agarre pulsional de los sujetos a ciertas superficies de inscripción simbólica.

⁸ En una publicación muy reciente, Alemán (2021) complejiza la relación entre ideología y fantasma asumiendo su carácter fronterizo. Un trabajo más detenido sobre estos últimos aportes queda para la continuidad de la investigación en proceso.

vidades políticas. Ello supone no solo visibilizar el carácter performativo de la identidad política y rechazar entonces un modelo de intelección en que ésta es solo un reflejo de algún interés o contenido objetivamente fundado en la estructura social. Además, la dinámica ideológica en la época permite enfatizar que los sujetos establecen una relación entre sí y con lo que los rodea que es, a la vez, imaginaria y simbólica: la identificación se constituye en torno a imágenes consistentes, articuladas en el campo simbólico mediante distintas lógicas significantes. Munidos de estas categorías analíticas, es posible ofrecer una perspectiva analítica que explica críticamente, por un lado, la volatilización de las referencias identitarias tradicionales y la preeminencia actual de una “política de la presencia”. Y, por el otro, la radicalización de posiciones políticas como marcas de un proceso de imaginarización y segregación en sociedades capitalistas caracterizadas por el empuje al goce y el rechazo a toda imposibilidad por parte de un sujeto emplazado en un lugar de aparente omnipotencia (McGowan, 2004).

En base a una lectura del psicoanálisis freudiano-lacaniano, McGowan señala que nuestra época supone un cambio radical respecto de las sociedades del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. En éstas, la prohibición, como pura forma más allá de sus contenidos puntuales, había sido la base del orden social. Como veíamos más arriba, la interdicción del goce pleno no puede encontrar un aliciente totalmente equivalente a esa satisfacción en el medio social, y abre el espacio para diversas réplicas fantasmáticas que siempre resultan insuficientes, pero que vuelven posible la socialización de los individuos. A pesar de su carácter prohibido, el goce es el sostén del orden social ya que, al sacrificarse en aras de la prohibición, se genera paradójicamente goce.

En este punto es necesario reiterar la relevancia teórica que para nuestra discusión carga la noción freudiana, a través de la interpretación lacaniana, de superyó: “el superyó tiene una relación ambigua a la propia Ley: por un lado, sostiene la Ley y demanda obediencia, y por el otro, promueve el goce, que amenaza con erosionar la Ley” (McGowan, 2004, p. 29). Como hemos visto, el goce es creado retroactivamente por la ley que lo prohíbe, por lo que el sujeto deseante y el sujeto insatisfecho son dos caras de una misma moneda. El deseo funciona con la ausencia del objeto-cause de deseo, que se vuelve presente mediante su prohibición, como aquello que falta, aquello que, de poseerse, auguraría una plenitud sin fisuras.

McGowan pone de relieve un fenómeno ya apuntado por Lacan, entre otros: en nuestra época contemporánea, al erosionarse la Ley simbólica, la promoción superyoica del goce no encuentra obstáculo ni cauce. Entonces, la sociedad actual ya no se apoya en una prohibición del goce, sino en su empuje, en tanto el superyó comanda a gozar.⁹ Para el autor, el capitalismo globalizado de fines del siglo XX deja paso irrestricto al superyó y su comando a gozar, lo que puede observarse, como un ejemplo entre otros, en los mensajes propalados por la publicidad para incentivar el consumo más allá de las posibilidades reales de los consumidores.¹⁰ De ese modo, McGowan relaciona, entre otros fenómenos contemporáneos, el consumismo exacerbado y el sobre-endeudamiento individual como síntomas de sociedades impulsadas al goce (Foa Torres, 2017). La evanescencia de la Ley nos deja sin el reparo de la simbolización ante el goce, dando lugar a un orden social que exige, sin cortapisas, la satisfacción plena. En este sentido pueden comprenderse múltiples síntomas asociados a la sobreexigencia física, laboral y económica para dar con un nivel de vida que siempre aparece como imposible de alcanzar, en un doble dispositivo de rendimiento y goce (Laval y Dardot, 2013, pp. 326-380).¹¹

La inmediatez es una condición para las sociedades del impulso al goce, donde se pretende instaurar una relación social sin ningún remanente o pérdida. Así, para McGowan, con la erosión simbólica de nuestra época, aquel objeto particular que solo aparece en la investidura radical con que se pretende subsanar la falla estructural del lazo social, el objeto *a*, tiende a ser imaginarizado como aquello que encarna efectivamente la presencia plena. Allí se anuda este doble proceso de imaginarización y aproximación: en los tiempos donde todo parece inmediato, la imagen se vuelve el modo privilegiado de vinculación entre individuos y con las cosas (McGowan, 2004, p. 80).

En sociedades con tradiciones simbólicas profundamente debilitadas, lo imaginario ofrece una salida primera a aquello imposible-prohibido. Allí, es la imagen del objeto *a* lo que parece funcionar, y por ende es la consistencia del yo completo lo que se pone en juego, con la pulsión que atraviesa esa instancia. McGowan enfatiza que el predominio de lo imaginario nos tiende a ubicar en una posición de pura rivalidad con los otros, donde la perspectiva de una pérdida del goce nos deja, sin mediaciones, ante el abismo de la disolución del sujeto.

⁹ Aquí nos referimos a una noción lacaniana, la de Discurso Capitalista, en que la no profundizamos en este artículo pero que subyace a nuestro planteo. En su Seminario XVII, Lacan profundiza sobre la noción de discurso como lazo social, definiendo una fórmula en la que se combinan cuatro elementos —significante amo, saber, objeto *a* y sujeto— en cuatro lugares —agente, Otro, producción y verdad— dispuestos en un esquema de “tetrapodo”. Surgen así cuatro discursos, el del Amo, la histeria, la Universidad y el psicoanálisis, siendo este último el reverso del primero. Lacan se apresura en indicar que en la época se puede observar un pequeño trastocamiento del discurso del Amo que da lugar al denominado (pseud) “Discurso del Capitalista”, y que se caracteriza por el rechazo a todo tipo de falta, tanto en el sujeto como en el Otro. Este Discurso del Capitalista señala el carácter estructural de las transformaciones del lazo social en la actualidad: entre la aparente omnipotencia del sujeto y su pretendido acceso inmediato a un objeto que colme su goce.

¹⁰ Ésta última ha sido muchas veces analizada por el impulso al consumo sin limitaciones (Stavrakakis, 2010). Es menester recordar que si bien el consumismo es una expresión clara del empuje al goce, no significa que solo allí pueda denotarse esta tendencia del lazo social, o que allí donde hay una promoción del consumo, ya estaríamos ipso facto en presencia de una sociedad con mandato al goce. Es la erosión del orden significativo el que libera el superyó, y el consumo de mercancías, servicios, distintivos de status social viene a intentar taponar la angustia que deriva de la ausencia de una ley.

¹¹ Véanse también Lazzarato, 2017 y Saidel, 2016. Como resulta del argumento recién desplegado y han subrayado numerosos autores, en tanto la satisfacción completa del goce inconsciente es imposible, el empuje al goce de nuestra época tiende a la falta de estímulos, o bien en la sobreexigencia para alcanzar una plenitud que siempre se escapa (McGowan, 2004; Miller, 2006; Alemán, 2016; Soler, 2017, entre muchos/as otros/as).

En términos similares, Zizek (2007) llamó la atención sobre la “hipertrofia imaginaria” que encontramos en las sociedades del espectáculo (Debord, 1995), que completa hasta la saturación el espacio en que se desarrollan las ficciones simbólicas. La capacidad de los medios (en todas sus variantes tecnológicas) de exhibir aparentemente la realidad en su totalidad llegaría a un punto tal que no habría nada ausente en torno a lo que el sujeto pueda constituirse como deseante (Zizek, 2007, p. 124). Y esto debido a que es el vacío en la realidad circundante lo que posibilita el objeto *a*, como objeto-causa de deseo. Esta hipertrofia imaginaria trastoca el modo en que entramos en relación con la realidad, ya que hace presente al objeto *a*, ese abstruso elemento cuya ausencia sostiene el vínculo con el gran Otro. En esta línea, Zizek deduce entonces que la entrada del objeto *a* en la realidad lejos de completarla, la “des-realiza”, ya que dificulta el campo de las ficciones simbólicas mediante las que construimos los lazos sociales (Zizek, 2007, p. 124).

Recuperando las tramas de nuestro argumento, el ascenso de un modelo global de financiarización en las últimas décadas se dio junto con una pérdida transversal de recursos y prerrogativas para amplias franjas de la ciudadanía de los países centrales, y de manera más pronunciada aún en países periféricos. En sociedades donde predomina el empuje al goce, donde las superficies simbólicas son cada vez más incapaces de servir como plataforma en que se inscriban situaciones de frustración y angustia (Salecl, 2004), las expresiones autoritarias segregativas pueden comprenderse como reacción imaginaria ante las múltiples dislocaciones que el avance del capitalismo financiarizado implica en términos individuales y colectivos para vastos sectores de la ciudadanía.

Sobre este sustrato simbólico erosionado, se reduce el lugar para que la imagen idealizada del sujeto conviva con el goce del otro, que pasa a considerarse como “subdesarrollado, excesivo, anómalo” (Alemán, 2018, p. 147), por lo que su eliminación o alejamiento, en definitiva, su segregación, pasa a revestir la única forma de resolución plena de los diversos problemas sociales. Como vemos, las expresiones radicalmente autoritarias son un resultado político posible de las transformaciones del lazo social en las últimas décadas, donde el impulso superyoico no registra límites simbólicos, dando lugar a un “magma pulsional ... que está construyendo un fascismo anónimo, deseoso de seguridad y protección a costa de la destrucción del otro”. (Alemán, 2018, pp. 158-159).¹²

Este sesgo anónimo no solo hace referencia al hecho de que estos movimientos políticos no son meras manipulaciones de una masa inerte por parte de élites antidemocráticas, sino también señala un rasgo notable de estas reacciones segregativas a la base de estos actores políticos radicalizadas. Estos ya no suelen configurarse únicamente en torno a un liderazgo que encarne la autoridad, sino que se cristaliza en la presencia pura del dirigente radicalizado, que es “como uno/una más” en la bronca que siente, en la exasperación que expresa. En la intersección de los análisis que recuperamos hasta aquí, es posible ahora dar cuenta de la profundidad de las transformaciones que subyacen a aquella legitimación por proximidad, y la respectiva política de la presencia en que se enmarca, que trajimos a colación con Rosanvallon (2009).

Como veíamos, ésta predomina en la constitución de proyectos político-electorales en tanto no interpelan a la ciudadanía en nombre de un valor o una finalidad por venir, y por ende ausente aquí y ahora, sino que se sostiene cada vez más en la presencia concreta de los referentes políticos, quienes expresarían con sus gestos de dolor o alegría la complicidad y empatía inmediata con sus seguidores. Esto nos permite ver desde una clave de intelección alternativa algunos rasgos que presenta Rosanvallon sobre la legitimación por proximidad. Allí, antes que dar razones para entablar la representación, el político comunica un tipo de goce que habilite una complicidad efímera pero impactante, que no depende de una toma de decisiones puntual, sino de una postura ante el sufrimiento o la alegría.

En términos de la relación que se traza entre representados y representantes, la representación tradicional implica *hacer presente* algo que está, por definición, ausente (Laclau, 1996; Duso, 2015). Es esa carencia la que explicaría ciertos problemas en un momento dado, y resolverla auguraría la posibilidad de consumir la incompleta y esquiva configuración comunitaria plena. Justicia, igualdad, libertad, entre otros significantes posibles, nombran el completamiento por venir de la comunidad (Laclau y Zac, 2013). En estos casos, la legitimidad de un actor político depende en gran medida de su capacidad para asegurar en un futuro aquello que falta en la actualidad. En nombre de aquello que se representa, se abre la posibilidad de una identificación posible, movilizadora por el deseo de colmar aquello que es delimitado como una carencia. Como vemos, esta representación bascula sobre un proceso de idealización, donde una pluralidad concentra en un elemento particular una serie de rasgos que a sus miembros individuales le faltan, lo que da forma a la comunidad.

En la actual legitimación por proximidad, en cambio, la distancia requerida por la mediación simbólica que se pone en juego en la representación tradicional se estrecha en dos dimensiones, tanto espacial como temporal. En la primera, el aura enigmática de quienes ejercen posiciones de liderazgo se evapora ante la creciente disponibilidad de información por parte de la mayoría de los electores. El lugar del/a líder no reside en un estrado por encima y lejos de su público, sino en medio de él, a su mismo nivel. En la segunda dimensión, la promesa política insita en la estructura del mensaje público tradicional —que parte de reconocer lo faltante hoy para augurar una mejora mañana— deja progresivamente paso a la necesidad de satisfacer la demanda política aquí y ahora. Así, se reducen las probabilidades

¹² Ya Lacan había planteado que una de las derivas, repudiables pero difícilmente modificables, de la erosión del orden significante era la reaparición de nuevas formas de segregación: “Al salirse de cauce nuestro goce, solo el Otro es capaz de ponerlo en su sitio, pero solo en tanto que estemos separados de este Otro. De ahí ciertas fantasías, de las que no teníamos noticias antes del crisol cultural [melting pot]. Dejar a ese Otro que goce a su propio modo, eso solo sería posible si no le impusiéramos nuestro propio modo, si no le consideráramos un subdesarrollado” (Lacan, 1990, pp. 32-33).

de trazar un lazo comunitario en torno a ciertos nombres que funcionen como evocadores de una plenitud por venir. La representación deja de ponerse en juego en la capacidad para *hacer* presente lo ausente, y se reduce a un puro *estar* presente que sostiene un flujo empático entre gobernados y gobernantes, dando seguridad de que los últimos “entienden” a los primeros y sienten como ellos (Rosanvallon, 2009, p. 286). Esta lectura sobre la legitimación por proximidad introduce una dimensión analítica para comprender los fenómenos de los nuevos autoritarismos radicalizados. Dirigentes como Le Pen, Trump, Johnson, Bolsonaro, Camacho o Abascal —por mencionar solo algunas referencias de amplio conocimiento— parecen enarbolar la incorrección política, diciendo públicamente lo que multitudes murmuran, y así pasan a representar en su pura presencia un vórtice que concentra ese magma pulsional de mandato superyoico desenfrenado que caracteriza a la época.

Algunas notas para concluir

A lo largo de este artículo hemos subrayado la relación que podemos trazar entre la volatilización de las opciones políticas y la consolidación de propuestas basadas en el rechazo a toda diferencia social, por un lado, y la imaginarización de las relaciones sociales, por otro. Consideramos que este énfasis es un primer paso para crear nuevas categorías teóricas que den cuenta de cómo las transformaciones sociales contemporáneas inciden en los procesos de identificación política.

Para comprender estos cambios se vuelve necesario, en primer lugar, recuperar el carácter performativo de la ideología, explicitando las dinámicas de identificación que subyacen a la conformación de colectivos sociales. Segundo, es menester dar cuenta de la doble dimensión imaginaria y simbólica de la ideología, y por ende el componente pulsional ineludible que permea el agarre de los sujetos a ciertos discursos sociales. Desde este punto, retomamos numerosas lecturas sobre las transformaciones sociales contemporáneas que sostienen una preeminencia de lo imaginario ante la erosión del terreno simbólico. Esto último apunta al tipo de lazo social que se construye en la época, y por ende al modo de representación política predominante. En suma, esta imaginarización implica un movimiento dual para el sujeto: de un lado, un predominio de su componente superyoico, que lo empuja a gozar rechazando toda carencia o prohibición; del otro, su retracción a una forma de plenitud ante la cual cualquier elemento ajeno tiende a erigirse como una amenaza a su propia supervivencia. Esto último puede verse encarnado en procesos diversos de legitimación por proximidad, donde el sujeto encuentra complicidad en referentes que expresan similares afecciones, dando lugar a un flujo empático volátil que puede cimentar reacciones segregativas en pos de garantizar una plenitud siempre prometida, pero nunca hallada.

Estos fenómenos hacen mella sobre los rasgos que asume hoy el debate democrático, tensionado entre posiciones radicalizadas. Su redescipción teórica puede contribuir a trazar estrategias políticas que den cuenta del carácter estructural de las transformaciones que vivimos. Concluiremos este artículo mencionando solo dos puntos de esta redescipción. Una vía analítica que podría profundizarse es aquella que distinga con precisión las categorías de antagonismo, por un lado, y polarización, por otro. El primero ha sido profusamente utilizado por lenguajes teórico-políticos basados en el carácter ontológico del conflicto, como la ya mencionada Teoría Política del Discurso. El antagonismo como exterior constitutivo de toda identidad da lugar a una discusión normativa sobre los modos posibles de articular diferencias, y por ende de alojar la pérdida —en tanto modificación de cada elemento interviniente— que esta articulación supone (Reynares y Foa Torres, 2020). La construcción hegemónica se presenta así normativamente democrática (Alemán, 2016). La polarización, por su parte, refiere a una relación entre identidades en que se propone la exclusión radical de una de ellas en pos de desconocer el carácter siempre incompleto de la comunidad política. De este modo, el antagonismo y la articulación que patrocina apuntan a reforzar una dinámica simbólica, aunque cada vez más erosionada, mientras que la polarización funciona sobre el mandato superyoico desbocado que hemos analizado en el proceso de imaginarización, y por ende impulsando el deterioro del orden significante.

Otra senda de estudio sobre las transformaciones actuales se abre ante el carácter transversal de la forma política de la pura presencia, como la define Rosanvallon. Teniendo en cuenta que la preeminencia de la legitimación por proximidad es congruente con la imaginarización del lazo social, sería factible analizar los diversos modos en que las diversas identificaciones políticas contemporáneas se configuran en torno a estos “flujos de empatía”. Ello incluso podría contribuir en el trazado de diferencias entre identidades políticas en pugna, prestando atención a los efectos subjetivos que cada una de estas interpelaciones provoca en sus militantes y electorado. De este modo, se esboza un desafío en la construcción de categorías intermedias, que presten atención al predominio del registro imaginario en la delimitación de agrupaciones sociales y que, de este modo, nos permitan avanzar en la redescipción de las dinámicas identitarias de actores políticos en la actualidad.

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, Gerardo, Barros, Sebastián y Melo, Julián (2013). *Las brechas del populismo: reflexiones sobre identidades populares y populismo*. UNDAV.

- Alemán, Jorge (2010). *Para una izquierda lacaniana...* Grama.
- Alemán, Jorge (2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Grama.
- Alemán, Jorge (2018). *Capitalismo: crimen perfecto o emancipación*. Nuevos Emprendimientos Editoriales.
- Alemán, Jorge (2021). *Ideología. Nosotras en la época. La época en nosotros*. La Página.
- Antón-Mellón, Joan, y Hernández-Carr, Aitor (2016). El crecimiento electoral de la derecha radical populista en Europa: parámetros ideológicos y motivaciones sociales. *Política y Sociedad*, 53(1), 17-28. doi: https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2016.v53.n1.48456
- Bauman, Zygmunt (1999). *Modernidad líquida* (Mirta Rosenberg y Jaime Squirru, Trads.). Fondo de Cultura Económica.
- Dalton, Russell (2000). The Decline of party identification [El declive de la identificación partidista]. En R. Dalton y M. Wattenberg (Eds.), *Parties without Partisans*. Oxford University. Doi: 10.1093/0199253099.003.0002
- De Certeau, Michel (1999). *La invención de lo cotidiano* (Alejandro Pescador, Trad.). Universidad Iberoamericana.
- Debord, Guy (1995). *La sociedad del espectáculo* (Rodrigo Vicuña Navarro, Trad.). Naufragio.
- Duso, Giuseppe (2015). *La representación política* (Gerardo Losada, Trad.). Jorge Baudino y Unsam Edit.
- Foa Torres, Jorge (2017). Ideología de la deuda y populismo de la memoria. *Política Común*, 12. doi: <https://doi.org/10.3998/pc.1232227.0012.012>
- Freud, Sigmund (2013). Psicología de las masas y análisis del “yo”. En S. Freud, *Obras Completas: volumen 19* (Luís López-Ballesteros y de Torres, Trad.), (pp. 2563 - 2610). Siglo Veintiuno.
- Garretón, Manuel Antonio (2000). *Política y sociedad entre dos épocas*. Homo Sapiens.
- Glynos, Jason y Howarth, David (2007). *Logics of critical explanation in social and political theory* [Lógicas de la explicación crítica en la teoría social y política]. Routledge.
- Katz, Richard y Mair, Peter (2009). The Cartel Party Thesis: A Restatement [La tesis del partido cartel: una reformulación]. En *Perspectives on Politics*, 7(4), 753-766. doi:10.1017/S1537592709991782
- Lacan, Jacques (1964-1965). *Seminario XII. Problemas cruciales del psicoanálisis* (Ricardo Rodríguez Ponte, Trad.). Inédito.
- Lacan, Jacques (1990). *Television: a challenge to the psychoanalytic establishment* [La televisión: un desafío para el establecimiento psicoanalítico]. W.W. Norton y Company.
- Lacan, Jacques (1992). *Seminario XVII. El reverso del Psicoanálisis* (Enric Berenguer y Miquel Bassols, Trads.). Paidós.
- Lacan, Jacques (2014). El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan, *Escritos I* (Tomás Segovia y Armando Suárez, Trads.), (pp. 99-105). Siglo veintiuno.
- Laclau, Ernesto (1996). *Emancipación y diferencia*. Ariel.
- Laclau, Ernesto (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto (2002). *Misticismo, retórica y política* (Soledad Laclau, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2016). *Los fundamentos retóricos de la sociedad* (Soledad Laclau, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2005). *Hegemonía y estrategia socialista* (Soledad Laclau, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Zac, Lillian (2013). (A)notando la brecha. *Studia Politicae* (Daniel Groisman y Juan Manuel Reynares, Trads.), 3-39. doi: 10.22529/sp
- Lasch, Christopher (1991). *La cultura del narcisismo* (Jaime Collyer, Trad.). Andrés Bello.
- Laval, Cristian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal* (Alfonso Diez, Trad.). Gedisa.
- Lazzarato, Maurizio (2017). *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal* (Horacio Pons, Trad.). Amorrortu.
- Lipovetsky, Gilles (2011). *El crepúsculo del deber: La ética indolora en los nuevos tiempos democráticos* (Juana Bignozzi Ramallo, Trad.). Anagrama.
- Liotard, Jean François (1991). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber* (Mariano Antolín Rato, Trad.). R.E.I.
- Mair, Peter (2013). *Gobernando el vacío: la banalización de la democracia occidental* (María Hernández Díaz, Trad.). Alianza.
- Manin, Bernard (2006). *Los principios del gobierno representativo* (Fernando Vallespín Oña, Trad.). Alianza.
- McGowan, Todd (2004). *The end of dissatisfaction? : Jacques Lacan and the emerging society of enjoyment* [¿El fin de la insatisfacción?: Jacques Lacan y la emergencia de la sociedad del disfrute]. New York State University.
- Miller, Jacques-Alain (1991). *Las lógicas del amor*. Manantial.
- Miller, Jacques-Alain (2006). La era del hombre sin atributos. *Virtualia*, 15, 3-21. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/articulos/519/destacado/la-era-del-hombre-sin-atributos>
- Mouffe, Chantal (2019). *For a left populism* [Por un populismo de izquierdas]. Verso.
- Mudde, Cas (2004). The populist Zeitgeist [El Zeitgeist populista]. *Government and opposition*, 39(4), 541-563. Doi DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>
- Mudde, Cas, y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2017). *Populism: A very short introduction* [Populismo: una breve introducción]. Oxford University.
- Murillo, María Victoria (2019). Democracia, intereses y estatus en América Latina. *Revista Nueva Sociedad*, 282, 110-120. Recuperado de https://static.nuso.org/media/articles/downloads/7.TC_Murillo_282.pdf.

- Novaro, Marcos (2000). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*. Homo Sapiens.
- Panizza, Francisco (2009). *El populismo como espejo de la democracia* (Soledad Laclau, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Reynares, Juan Manuel y Foa Torres, Jorge (2020). Entre la masa del pánico y la articulación populista: conjeturas en torno al lazo social en la época del (pseudo)discurso capitalista. *Desde el Jardín de Freud*, 20, 57- 74. doi: 10.15446/djf.n20.90163.
- Rosanvallon, Pierre (1995). *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia* (Horacio Pons, Trad.). Manantial.
- Rosanvallon, Pierre (2009). *La legitimidad democrática: Imparcialidad, reflexividad, proximidad* (Heber Cardozo, Trad.). Manantial.
- Rovira Kaltwasser, Cristobal, Ostiguy, Pierre, Ochoa Espejo, Paulina, y Taggart, Paul (2017). *The Oxford handbook of populism* [El manual de Oxford sobre el populismo]. Oxford University.
- Saidel, Matías (2016). La fábrica de la subjetividad neoliberal: del empresario de sí al hombre endeudado. *Pléyade*, 17, 131-154. Recuperado de: https://www.revistapleyade.cl/wp-content/uploads/7.-Matias-Saidel_17.pdf
- Salecl, Renata (2004). *On anxiety* [Sobre la ansiedad]. Routledge.
- Sartori, Giovanni (1980). *Partidos y sistemas de partidos* (Fernando Santos Fontenla, Trad.). Alianza.
- Sartori, Giovanni (1998). *Homo Videns. La sociedad teledirigida* (Ana Díaz Soler, Trad.). Taurus.
- Soler, Colette (2017). Discurso capitalista. En C. Pascual Maza, *Los discursos de Lacan* (pp. 135-151). Colegio de Psicoanálisis de Madrid.
- Spruyt, Bram, Keppens, Gil y Van Droogenbroeck, Filip (2016). Who supports populism and what attracts people to it? [¿Quién apoya el populismo y qué resulta atrayente del mismo?], *Political Research Quarterly*, 69(2). Doi: 10.1177/1065912916639138
- Stavrakakis, Yannis (2007). *Lacan y lo político* (Luis Barbieri, Trad.). Prometeo - UNLP.
- Stavrakakis, Yannis (2010). *La izquierda lacaniana* (Lilia Mosconi, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Stavrakakis, Yannis (2020). On Laclau's alleged monism [Sobre el supuesto monismo de Laclau]. *Populismus Working Papers*, 1-22. Recuperado de <http://www.populismus.gr/wp-content/uploads/2020/11/Stavrakakis-monism-wp111.pdf>
- Vattimo, Gianni (1990). *La sociedad transparente* (Teresa Oñate, Trad.). Paidós.
- Zizek, Slavoj (2007). *Las metástasis del goce: seis ensayos sobre la mujer y la causalidad* (Patricia Willson, Trad.). Paidós.